

# De estos tiempos y el psicoanálisis

## Subjetividad colectiva e individual en la clínica contemporánea

Susana Peses Wasserman

### Resumen

*La sociedad postmoderna cuestiona y disuelve valores y las personas que hasta entonces vivían entre espejismos simbolizados por la religión, la comunidad y la estabilidad se encuentran en un mundo diferente. Se apagaron los dioses y las ficciones de consuelo para la existencia terrenal.*

*Lo social como en épocas anteriores incide en la construcción subjetiva del psiquismo mostrándonos nuevas formas de padecimiento.*

*Nos encontramos frente a un hombre que prefiere evitar la subjetividad trágica del inconsciente evidenciando algo del ideal contemporáneo que supone la ausencia del trauma.*

*Inmersos en una sociedad que inventa permanentemente deseos improductivos para la economía psíquica, la angustia, la ansiedad, la depresión, la abulia y la desregulación pulsional parecieran instalarse como patologías del presente.*

*Observamos también patologías que no son tributarias de la falta, en tanto vacío que genera el deseo y la sublimación, sino ante síntomas que suponen el rechazo de la alteridad. Continuar revisando, en el marco de lo contemporáneo, los modos de sufrimiento psíquico nos permitirá, reinventándonos una vez más, mejorar nuestra intervención terapéutica.*

**Palabras clave:** *clínica psicoanalítica; construcción subjetiva; patologías contemporáneas; lo social; síntomas actuales; ideales e imperativos contemporáneos; la alteridad*

### Abstract

*Postmodern society questions and dissolves values; consequently, persons who until then have*

*lived in the midst of illusions symbolized by religion, the community and stability now find themselves in a different world. There has come about a fading of comforting gods and fictions that previously dealt with worldly existence.*

*Social circumstances, just as during previous epochs, affect the subjective construction of the psychism displaying new forms of suffering.*

*We behold a man who prefers to avoid the tragic subjectivity of the unconscious, which manifests a part of the contemporary ideal that entails the absence of trauma.*

*Immerse in a society that permanently invents desires unproductive for psychic economy, distress, anxiety, depression, abulia and maladjustment of the instincts seem to settle in as current pathologies.*

*We observe pathologies that do not pay tribute to lack, in the sense of the void that desire and sublimation generate, but to symptoms that reject otherness.*

*In the framework of contemporaneity, constantly revising the different modes of psychic suffering will allow us to improve our therapeutic intervention, once more reinventing our practice.*

**Keywords:** *psychoanalytical clinical practice; subjective construction; contemporary pathologies; social circumstances; current symptoms; contemporary ideals and imperatives; otherness*

En busca de mayores cuotas de libertad, igualdad y justicia, la sociedad patriarcal disuelve muchos de los valores que la identifican. Cambian, entre otros, el reconocimiento de los sistemas tácitos y explícitos de lo permitido, lo prohibido y la aplicación del concepto de autoridad, consecuentemente, el autoritarismo. También, el tratamiento de la sexualidad y el de las diferencias generacionales.

Se cuestionan y reformulan reglas, jerarquías y dinámicas, tanto en la familia como en la sociedad y la incertidumbre señala un camino que aún no está dibujado del todo.

La construcción de la subjetividad individual es parte de este recorrido siempre inacabado.

Tiempos más segmentados socialmente, más individualizados, de mayor libertad pero también de erosión de los lazos que hacían que los sujetos se sintiesen más acompañados y con más claridad en el desempeño de sus roles cotidianos. Se pierden referentes de carácter familiar, laboral, público y religioso. Aparecen pseudorreferentes que no corresponden tanto a valores asentados colectivamente como a elementos cuasi heroicos de triunfo de lo individual. Las identificaciones dan lugar a modelos de identificación inestables muchas veces vinculados al consumo ya sea este referente a compras, a sexo, a drogas o a consumo de imagen corporal.

Ahora bien, si en esta sociedad postmoderna las tradiciones y los valores se fueron cuestionando hasta el punto de perderse, es obvio que ello obedece a razones de peso: el mundo no funcionaba tan bien como para haberlo querido conservar tal cual, al menos para todos. El balance entre quienes se beneficiaban y quienes tenían que asumir las desventajas de un sistema desigual e injusto viraba siempre a favor de los primeros. Dadas estas circunstancias, ya no es posible volver a lo anterior desandando el camino y renunciando a los logros que sí se han podido conseguir y parafraseando al filósofo José Luis Pardo (2016) ante esta situación tampoco, a pesar de que tantas veces se intente, se debería matar el hambre con productos caducados como la *new age*.

Vivimos tiempos de grandes diferencias respecto de épocas anteriores. El advenimiento de la modernidad abrió un abanico de enormes posibilidades con relación al progreso, al conocimiento, al bienestar social o a la libertad pero, todo ello llegó también acompañado de una serie de riesgos, sombríos, diría la socióloga Eva Illouz (2012) respecto del sentido de nuestra existencia.

La sociedad tardomoderna actual, posterior a la Primera Guerra Mundial, despertó poco a poco a las personas que hasta entonces, para soportar

las miserias de la vida, vivían entre espejismos simbolizados por la religión, la comunidad, el orden y la estabilidad. Desde un punto de vista psicoanalítico, también pareciera que despertó la angustia, tal como aparece en nuestras consultas a diario. Así, los sujetos se quedaron sin sus dioses, sin ficciones de consuelo para la existencia terrenal y viviendo ante dilemas en relación con el compromiso, la autonomía, la identidad, la autorrealización en una hipermodernidad caracterizada por el cambio arrollador; ante la secularidad, la disolución de los lazos comunales, la incertidumbre que resulta de la igualdad de derechos y de la libertad de elección.

Suma a todo ello el hecho de que nos vamos alejando cada vez más de la naturaleza. En palabras de la socióloga Marina Subirats (2015) hoy el nacimiento de un sujeto puede acontecer sin acto sexual, hay una ruptura del núcleo familiar clásico y de las necesidades de formar pareja, una incesante tendencia a la individualización y a su consecuente y creciente narcisismo. Todo esto es diferente de épocas anteriores en las que los sujetos no se reconocían sin su pertenencia a un colectivo determinado.

Participamos de un presente en el que la ley del deseo, antes excluido o recluso o reprimido, cambia la idea de lo inmoral, de lo prohibido y lo esperable para los integrantes del núcleo familiar y social. En la pareja los proyectos únicos de realización profesional van dejando de ser potestad del hombre. El proyecto personal de casarse y tener hijos deja de ser el único para la mujer y, vivir juntos sin deseo puede ser visto como efecto de una dominación por parte de uno de los integrantes de la pareja o una decisión motivada por el interés económico o por la dependencia emocional de una de las partes. Además de las importantísimas y deseadas ventajas de cualquier reparto igualitario este cambio, como tantos otros, trae consigo, al menos en sus comienzos, una serie de dificultades aún por resolver. La pareja y la familia se fragilizan y con ello los vínculos afectivos entre los sujetos contemporáneos.

La sociedad industrial conformaba una estructura de clases muy organizada. Las familias también estaban pensadas para funcionar con una lógica

industrial. El hombre era quien traía el dinero mientras que la mujer junto a mujeres, muchas veces de otras generaciones, cumplía con las funciones de socialización de los hijos y de cuidado de la familia. El primer agente de transmisión de valores y criterios dependía del entorno homogéneo de las familias y aunque estas actuaciones eran más estructuradas no beneficiaban a todos los integrantes de la familia por igual. En el momento en el que la mujer entra en el mundo laboral como sujeto activo de la sociedad y de su propia vida, no se crean inmediatamente, como es de suponer, los sistemas compensatorios necesarios para asumir tales modificaciones, aún habiendo sido tan esperadas. La mujer se sobrecarga y la natalidad se retrasa y disminuye. Por otro lado, se experimenta un déficit creciente en las funciones parentales por falta de tiempo para la socialización adecuada del niño. Los hogares son cada vez más pequeños y los amigos se convierten en sustitutos de las relaciones familiares perdidas tanto para adultos como para niños que, a pesar de que pueden, en algunos casos, ser relaciones más agradables, son más lábiles en tanto soporte emocional y/o económico.

La posición de los padres se va alejando del autoritarismo de la sociedad patriarcal, pero también, de la necesaria posición de autoridad adulta. Son muchas las veces que se desliza hacia una permisividad que prioriza la necesidad narcisista de ser amado; en algunos casos, idealizado por los hijos. El desdibujamiento de ciertas jerarquías de autoridad en la infancia produce falta de contención y cierta desprotección en los niños, pérdida de referentes y el encuentro con modelos identificatorios en los que se observa una considerable caída de la función paterna y materna también evidente en los sustitutos sociales de autoridad.

De esta manera el ejercicio de la función interdictora produce en los niños inscripciones de la metáfora paterna débiles y reniega de la diferencia generacional que garantiza la supervivencia psíquica. Padres que no pueden sostener, acompañar o invertir al niño, núcleos familiares en los que el *infans* es vivido como un competidor y, la maternidad y la paternidad vividas como *castratorias*.

—Nadie quiere deformarse el cuerpo —dice una mujer de 40— pero el reloj biológico manda, ¿y si después quiero tener un hijo y ya no puedo?

—Si no pruebo, ¿cómo sabré si me sentiré bien teniendo un hijo? —dice otra mujer joven.

—Yo estoy sola —dice una madre sin pareja—. Necesito que me mimen, para eso tengo un hijo.

—Los veo muy poco tiempo, no me la pasaré poniendo límites —dice un padre separado respecto de sus hijos.

—Me niego a tener más hijos, el fin de semana estuve en una fiesta, todas parejas con hijos, solo las madres ocupándose de los niños, los padres buscando ponerse una raya más, paso de otro hijo con este hombre que aún me pregunta por qué no quiero ir de fiesta.

Se observan dificultades en diferentes grados para amar al hijo como tal y reconocer sus necesidades, no hay un sostenimiento claro de la ley y el vínculo de intimidad puede llegar a erotizarse excesivamente. Los cuidados, la búsqueda de la simetría y la satisfacción personal evitativa del conflicto ocupan muchas veces el lugar del universo familiar regulado por el amor y las normas en el que no es fácil la construcción simbólica de un espacio protector para el niño.

Muchas de las conductas humanas en torno a lo prohibido o a lo reglado se fueron modificando. En los últimos tiempos, además, dicho cambio se produjo peculiarmente a una gran velocidad pero la necesidad de acompañamiento y de regulación, ambas fuentes indispensables de una arquitectura simbólica sostenedora se mantienen como una constante que permite al niño tanto consolidar narcisísticamente su vida pulsional como separarse de la madre para situarse posteriormente en la vida como sujeto autónomo deseante —ya sea que hablemos del Nombre del Padre, conceptualizado por Lacan, el cual configura la metáfora paterna en el inconsciente materno o, en término más freudianos, del superyó de los padres—.

Dice V. Korman al respecto de los cuadros de insuficiente retroalimentación edípica: «La función paterna opera *parcialmente* por no haber representación intrapsíquica solvente del tercero, se establecen pseudo triangularidades: relaciones duales con la madre, por un lado y con el padre, por el otro» (V. Korman, 2000: p. 79; las negritas son del autor).

El superyó, a pesar de lo denostado de su reconocimiento, posee una valiosa función protectora, transmisora de ideales a la vez que reguladora satisface así las necesidades tanto del individuo como de la sociedad. De igual modo operaría el Nombre del Padre en la díada madre-hijo, conceptos explicativos ambos de la garantía de la interdicción del incesto, el parricidio, la exogamia y la sublimación.

En esta línea, podría pensarse, que el aumento del mercado de la autoayuda y los posicionamientos fundamentalistas laicos y religiosos estarían respondiendo a la búsqueda de esa función protectora de un superyó actual en decadencia o de inscripciones de la metáfora paterna debilitadas.

[...] para que un sujeto se constituya, hace falta un otro, un adulto con toda su carga de sexualidad y de inconsciente que se haga cargo del cuidado del bebé, asumiendo su lugar en la díada narcisista.

De la misma forma, se requerirá de un tercero interdicator del vínculo diádico, portador de la prohibición del incesto. He aquí los elementos sobre los que pivota el complejo de Edipo, cualesquiera que sean sus actores y el tipo de fantasmática que cada sujeto ponga en escena en los tiempos que le ha tocado vivir (María Elena Sammartino, 2007: pp. 56-57)

En la sociedad actual la crisis económica, la falta de ética y los vertiginosos cambios de ideales hacen que la mujer se encuentre a veces insegura, sola o, en muchas ocasiones, inhibida en su deseo de procrear. Dar vida a una criatura, sostenerla y acompañarla en su crecimiento, diría María Elena Sammartino (2007), supone un gran desplazamiento de su propio narcisismo. Ello no es tarea fácil en tiempos en que la sociedad no sostiene el deseo de maternidad y potencia la dedicación laboral eludiendo, muchas veces, a través de una doble moral, conciliar la vida laboral con la familiar.

Es inevitable: la función paterna y la función materna son complementarias e irremplazables; pero el incremento de patologías de lo arcaico, en las que priman los trastornos en la simbolización y el pensamiento, llevan a pensar que ambas estén sufriendo un declive (M. E. Sammartino, 2007: p. 56)

Pareciera que la sociedad de esta época, respecto de las funciones parentales, ha dejado en el desamparo tanto al hombre como a la mujer, entonces también a los hijos. Ante posiciones parentales menos consistentes, menos seguras o más narcisistas pareciera que los hijos adquieren características cada vez más tiránicas y de difícil control y, como forma de desentenderse de su responsabilidad, la sociedad adulta va creando síndromes tales como el síndrome del emperador o el síndrome de alienación parental o el TDAH, que evitan el cuestionamiento y la responsabilidad ante los hechos que debieran interpelar a los adultos.

Enamorados de lo absoluto, para muchos adolescentes y jóvenes actuales no puede haber un otro absolutamente satisfactorio, un otro sin falta que de manera permanente les devuelva una imagen de completud, a pesar de que lo absoluto esté destinado a desvanecerse porque su pretensión es siempre un imposible.

Los jóvenes de hoy transitan un mundo en el que se van borrando las diferencias generacionales y desaparecen los rituales de paso, lo cual les hace necesario ir encontrando nuevas maneras de diferenciación para asumir la adultez. Los padres de este tiempo a veces apenas se diferencian estética y actitudinalmente de sus hijos. Los límites de la madurez fueron quedando desdibujados mientras se espera que los jóvenes se conviertan en adultos aunque socialmente no se les faciliten las posibilidades ni profesionales ni de emancipación económica para pasar a esta etapa. El retardo en la autonomía emocional inherente al ejercicio de la adultez se ve claramente afectado.

Desde otro punto de vista, la generación actual es hija de la generación del éxito obrero, el ascenso social funcionó para sus progenitores pero dicho ascenso se detuvo. Hoy muchos de ellos están frustrados. Crecieron en un mundo donde las expectativas suscitadas por un largo período de expansión económica ahora han invertido sus éxitos convirtiéndolos en fracasos. El sueño de la estabilidad de las generaciones anteriores ahora es para muchos una proyección casi imposible en la que la inseguridad les atraviesa y les produce angustia.

El trabajo, organizador de los ideales, sociales e individuales, en esta época, deja de serlo. Las estructuras jerárquicas de diferentes ámbitos

también se desregularizan, no sin la consecuente cuota de inseguridad. Antes, el trabajo funcionaba como integrador de la vida psíquica y como creador de ideales identitarios ahora es muchas veces desvalorizado, vivido como castigo o desvalorizadas las vocaciones por imposibles ante el incremento del paro o el abuso social.

Las estructuras productivas de la época postindustrial se han modificado con el consiguiente impacto en las demás estructuras sociales. Hoy los procesos están fragmentados, las empresas tienen trabajadores en diferentes partes del mundo. No es posible relacionar el trabajo con la socialización, el ámbito laboral es inestable y precario. Las personas cambian de trabajo con asiduidad, comienza a ser valiosa la idea de cambio pero ello también repercute en la construcción de los referentes que dan seguridad al ser humano. Los horarios laborales también se modifican, las comidas familiares van desapareciendo. No hay espacios naturales de relación en los cuales las pautas estructurantes de socialización se pongan en marcha de manera autónoma.

Desde otro punto de vista pero siguiendo en la línea de ciertas modificaciones sociales antes mencionadas, el filósofo Byung-Chul Han (2012) advierte que la sociedad actual pareciera estar definida por la negatividad de la prohibición, por la desregulación y por el poder sin límites.

Este hecho también se percibe en el desarrollo de tendencias contrarias de manera permanente. Se exige a los individuos a controlarse; se controla lo que se come, el hacer deporte, el estar a la última moda y por otro lado se desregula la vida con grandes adicciones.

La libertad actual de posibilidades que se perciben como ilimitadas va produciendo nuevas demandas muchas veces desregularizadas y omnipotentes a modo de imperativos de goce en términos lacanianos, exigencias de un superyó sádico, severamente crítico y omnipotente, sobrepasando límites y renegando la angustia de castración que impone la vida con sus noes e interdicciones, sosteniendo modelos de perversión generalizada al decir de Milmaniene (2010) tanto en la esfera de lo individual como en el ámbito de lo social.

La perspectiva de vida crece considerablemente y ello junto con las condiciones socioeconómicas diferenciales de las del siglo pasado. El cobro de pensiones de los mayores, los proyectos individuales de los miembros de las familias y las fronteras de clases y territoriales cada vez más permeables, producen un nuevo circuito para los ancianos que se traduce en una vejez no acompañada, los solos y solas mayores entristecen, la angustia de la tercera edad es también un nuevo síntoma de esta contemporaneidad.

Tenemos acceso a casi todo y todo es consumible, de *usar y tirar*; el espacio infinito se convirtió en finito, aunque sea una ficción todo parece ser alcanzable.

Así, la belleza física es sobrevalorada y la vejez renegada en tanto se pueden transgredir sus límites naturales. La antigua represión en la libertad sexual también jugaba un papel interdictor en otros ámbitos de la vida. Hoy la libertad tan deseada y beneficiosa para los sujetos también va ganando terrenos relacionados con el poder, la omnipotencia y el dominio.

Nuestro mundo actual invierte cada vez más libido en la propia subjetividad. Algo estrechamente unido al excesivo narcisismo parece estar atacando al amor, dice Chul Han (2012) quien a diferencia de lo dicho anteriormente, no considera que la responsabilidad recaiga en el exceso de libertad o en las ilimitadas posibilidades actuales, lo remite a algo que denomina *la erosión del otro*.

El Eros se dirige al otro pero, en la cultura de lo igual, contraria a la asimetría y a la exterioridad, el mundo pareciera presentarse como un conjunto de proyecciones de uno mismo, siendo el sujeto cada vez menos capaz de reconocer la alteridad.

El hecho de que el otro desaparezca es, sin duda, un proceso dramático para la humanidad, ya en el año 1914 Freud dijo que debíamos empezar a amar para no enfermar.

—Acostumbrada a escribir por WhatsApp, no entiendo por qué tengo que quedar con ella, ¡qué palo quedar! —dice una mujer de 35 años de su amiga que se encuentra enferma y le reclama un encuentro.

—No entiendo como mi amiga no elige hacerse una cesárea para que el parto esté programado y yo pueda llegar a verlo— dice una joven que vive en otra provincia y quiere estar presente en el parto de su amiga.

—Con los hombres que me apasionan no podría tener nunca un hijo, sufriría mucho, el padre de mi hijo tiene que ser una persona que tenga las mismas ganas de ser padres que yo; la pasión y el estar enamorada es otra cosa —dice una joven mujer respecto de sus elecciones de pareja, quien unos años después dice aburrirse y no soportar a su pareja.

El deseo del otro es suplantado por el confort, también por el confort de lo igual, se deja de buscar la trascendencia o la cuota de transgresión que antes suponía el amor. El amor se piensa como una emoción sin consecuencias ni dramas. Se busca el amor sin su locura. El encandilamiento narcisista con la perfección de la propia imagen y de lo idéntico al sí mismo hace que lo diferente desestabilice y cuestione la propia omnipotencia. Evitando abandonar el paraíso nos encontramos con la permanente negación de las heridas narcisistas, la poca tolerancia a la espera y a toda forma de frustración que lleva al sujeto por un camino de soluciones mágicas y rápidas.

La sexualidad de la sociedad de consumo, también sometida al dictado del rendimiento, aspira a eliminar la alteridad a favor de diferencias consumibles, las aplicaciones para tener sexo y relaciones sociales podrían dar cuenta de ello.

En otras palabras, el deseo sexual se enmarca en una exhibición ostentosa del valor individual determinado por la abundancia de las experiencias, que señala que la persona posee cierto capital erótico-sexual. Es decir, que es capaz de inducir al arrobamiento emocional en otros. Esta estrategia sexual acumulativa (o serial) ha sido adoptada también por las mujeres pero, cultural e históricamente, como imitación de la conducta masculina (Eva Illouz, 2014: p. 80)

El sexo y la sensualidad parecieran ser parte de un capital que hay que aumentar en tanto el sujeto recorre el camino que va de una gran inflación yoica a, no pocas veces, una caída vertiginosa cuando percibe que las relaciones no son las esperadas ni son tantas las aceptaciones y los *likes*.

Dicen algunos jóvenes usuarios de aplicaciones de *dating*:

—Es casi como ir a una tienda de bolsos y elegir el que más te gusta.

—Abres la aplicación, miras las fotos y decides, puedes sentirte Dios porque igual quedas con cinco en una misma semana y después de un tiempo hundirte en la miseria porque ninguna te gusta o todas dejaron de contestarte.

—Claro que todos ponen sus mejores fotos, se trata de venderse, yo también lo hago, por eso no me lo creo mucho.

—Hay épocas en las que me deprimó y me doy de baja, descanso un tiempo.

—Siempre he tenido miedo al rechazo, pero en la app me da igual, me sirve mucho.

Se busca el amor como un producto sin riesgos o sin ninguna resistencia del otro. El *Tinder* y un encuentro que pareciera no siempre encontrar al otro, *Tinder para acurrucarse*, *Cuddle Parties*, *Grindr* y muchos otros encuentros por cercanía y elección a la carta. Se evitan el sufrimiento y la pasión; el sexo de ocasión elimina cualquier negatividad, también la sorpresa que supone el encuentro limitando al máximo el rechazo. Hoy, jóvenes de entre 18 y 25 años residentes en un entorno urbano usan servicios de *dating*.

Aunque el amor siempre suponga una falta representada ella por un anhelo, la búsqueda del otro se va transformando también en una mercancía consumible de sexo rápido y seguro o de acuerdos puntuales y concordantes en relaciones de beneficio mutuo cual la teoría mercantilista del *Win-Win*.

Dice una chica de 20 años usuaria de servicios de *dating*: —Es súper fácil, si no funciona, buscas a otro o a otra.

Dice un joven de 22 años respecto de estas aplicaciones: —Es mucho mejor que antes, se lo que me conviene y busco con filtros para no llevarme sorpresas.

Dice una joven de 25 años: —Me he quedado embarazada pero claro no tengo idea de quien, el mes pasado me tiré a todo dios, pero no me preocupó, ellos no me usaron los usé yo a ellos.

Agregar a este planteo que tanto la amistad como el amor suponen un compromiso con el otro que

contrasta con los modos de una sociedad con una notoria falta de compromiso respecto de la alteridad. Marina Subirats, en una reciente conferencia organizada por L'Escola Europea d'Humanitats explicó que la prostitución, desde el año 2007 al año 2014, aumentó de 400.000 a 600.000 usuarios, usuarios estos que van de los 18 a los 49 años y buscan mantener una sexualidad sin compromiso.<sup>1</sup>

Dice un joven de 22 años: —A las chicas hay que ganárselas y siempre te pueden decir que no, no llevo bien el rechazo, los masajes tántricos van de coña.

Dice otro joven de 24 años: —No siempre lo haces bien, salvo con las putas que siempre te dirán cosas bonitas y aunque sean mentiras te las crees ¿por qué no? Si además no tienes que aguantar cenas, reproches o que quieran otra cita cuando a ti no te apetece.

Respecto de los medios digitales actuales, elemento importante de nuestra contemporaneidad, es observable como estos indudablemente acercan al otro haciendo que las distancias se acorten, lo cual, sin dudas, comporta una enorme ganancia en muchísimos aspectos de las relaciones humanas pero también, al destruir esa misma distancia, el otro como tal desaparece. La compañía virtual siempre tiene algo de ficticia y de objeto de consumo fácil, también de potencial adictivo.

Los jóvenes inventan *messengers*, *facebooks*, *tinders* y demás para comunicarse pero la sensación de soledad aún persiste y la superficialidad de la letra y de la imagen ampara la falta de vínculos profundos sin poder mitigar el vacío del otro.

Parafraseando a W. Benjamin, somos más pobres en experiencia comunicable y por tanto menos sabios. La desaparición de la narración es un síntoma de la crisis de la modernidad, por lo cual estamos solos, aislados y somos incapaces de formar una verdadera comunidad humana en la que haya una experiencia individual o colectiva comunicable.<sup>2</sup>

El cambio de lo tecnológico modificó aún más los modelos de interacción humana. El hombre subsiste obsoleto diría José Luis Pardo (2015) en un entramado social y tecnológico de velocidad reducida casi al cero cuando el potencial del cerebro del hombre no ha aumentado en igual proporción. Entonces, como atribuir significado a nuestras vidas ante tanta velocidad y un destino que no controlamos

y, en el que a pesar de ello, seguimos consumiendo sin acabar de comprender lo que consumimos.

La violencia, por ejemplo, ha existido desde siempre pero han cambiado los modos en los que esta se incluye en el mundo de las personas. Difundida al mismo instante en el que se produce, por medios que en sí mismos no son violentos, convive con naturalidad en los diversos hogares y su exceso y repetición no dejan de banalizarla. La inmediatez y rapidez de lo observado impiden la toma de conciencia del horror y el dramatismo que representan.

Tras el gigantesco desastre antropológico de las guerras mundiales y los totalitarismos y después de que la segunda mitad del siglo XX teorizase sobre *la muerte del hombre*, hoy se podría decir, utilizando palabras de Adorno, que el hombre, declarado caduco y sobrepasado por el progreso histórico ha sobrevivido a su condena a muerte pero, lo ha hecho al precio de convertirse en un fantasma anacrónico y obsoleto como dijera Gunter Anders, que encaja mal en un mundo cuya complejidad tecnológica y económica supera de largo todas sus capacidades naturales.<sup>3</sup>

Época, también, de un clima social de descreimiento ante el fracaso de las teorías cuyos ideales sociales habían inspirado a las generaciones que las precedieron.

En los siglos XIX y XX el triunfo y el fracaso tenían siempre componentes sociales, hoy cada uno es responsable de su fracaso o de su éxito, se cierran empresas porque conviene a los empresarios y se crean descaradamente eufemismos intentando desmentir lo que acontece, *flexible* por precario o *deslocalización* por despidos masivos.

Fernando Colina (2011) considera que el consumo es la clave del sistema capitalista porque coincide con la estructura del deseo de un modo natural, habitamos un mundo acelerado de necesidades inventadas traducidas en deseos.

El descanso y la lentitud, ejes de cualquier proceso reflexivo, tienen, en muchas oportunidades, asignado un lugar cercano al fracaso. Muchos niños de hoy también tienen su propio espacio completo de objetos y actividades. En algunos casos pareciera no haber huecos ni vacíos desde donde desear autónomamente. Las actividades extraescolares,

después de muchas horas de escolarización completan los días de la semana, fines de semana y ratos libres, el ocio se ha convertido en una obligación inexcusable que se programa tanto para adultos como para niños.

La vida discurre inevitablemente y desde su comienzo como una secuencia de pérdidas y duelos melancólicos en cuanto deseantes diría Colina (2011), quien también señala que a la vez pareciera observarse una tendencia creciente a negar el sufrimiento emocional inherente a la vida y sus pérdidas.

Se transforman las crisis en enfermedades que pueden tratarse con fármacos y es evidente que muchas de estas enfermedades nacen conjuntamente con los fármacos adecuados para su tratamiento captando ya, en su camino, a los nuevos consumidores.

El exceso de positividad que intenta repeler la negatividad de lo que nos pueda suceder manifiesta el ideal contemporáneo de ausencia de trauma. Tal vez, consumir actividad y diversión nos permita no pensar en el sufrimiento y nos facilite sentir que siempre hay o pasa algo nuevo en nuestras vidas sosteniendo la omnipotencia que reniega la castración y la muerte.

Así, inmersos en una sociedad que cree en el derecho a la felicidad, el sujeto de la actualidad no acepta con facilidad la responsabilidad de sus pasiones y su tristeza en vez de evocar un examen de conciencia se convierte en tristeza o depresión, excusa tranquilizadora próxima a la confesión absolutoria o a la justificación fisiológica patentemente reflejada en el discurso del DSM de nuestros tiempos. El abuso de la farmacología y las soluciones *new age* y autoayuda parecieran formar parte del repertorio de actuaciones que hoy absuelven al individuo. Ante el rechazo colectivo e individual de la tristeza y la sensación de que estamos exonerados ante ella, el triste de esta época exige y reivindica a través de un potente activismo acusatorio. La sociedad actual, a través de una cultura indulgente respecto del renunciamiento a la satisfacción, ampara muchas veces dicho victimismo potenciando el hacer responsable al otro de las responsabilidades que deberían ser propias.

En contraposición a la sociedad de la disciplina del siglo XIX y XX que formulaba prohibiciones bajo el verbo «deber», el rendimiento domina la actualidad interna de las personas bajo el verbo «poder». El deber tantas veces generador de enormes dificultades para el psiquismo de las personas tiene un límite que el poder pareciera traspasar con la explotación de sí mismo en la que realmente deja de haber libertad. El «tú puedes» puede ejercer mucha más coacción que el «tú debes» al que en muchas circunstancias es más fácil oponerse. Lo que nos enfermaría en este caso no sería entonces el aumento de la responsabilidad e iniciativa sino el imperativo de rendimiento como un mandato actual de esta sociedad tardomoderna que no acoge ni sostiene debidamente y que de este modo podría estar generando grandes dosis de angustia.

Entonces, si validamos un contexto con gran cantidad de variables inéditas, potenciadoras de subjetividades diversas el psicoanálisis de este, nuestro tiempo, exige una transformación intrínseca que sin perder de vista su esencia pueda adaptarse a los momentos actuales.

Nos encontramos hoy, muchas veces frente a un hombre que prefiere sustituir la subjetividad trágica del inconsciente, con sus inherentes episodios de crisis, por colectividades identitarias que le otorguen el derecho a permanecer instalado en sus goces tanáticos generando nuevas formas de padecimiento psíquico. Así nos encontramos con los *TDAAH*, *las fibromialgias*, *el síndrome de alienación parental* o *el síndrome del emperador* entre otros.

Sin dudas, inmersos en una sociedad líquida y efímera donde imperan la levedad y la rapidez frente a lo sólido y lo lento, las relaciones dentro del dispositivo analítico también se ven afectadas por las variables de las relaciones humanas postmodernas.

La rapidez esperada por el sujeto que consulta, camina muchas veces, en sentido contrario al tiempo que requiere la elaboración analítica más clásica; los sujetos realizan demandas que muchas veces niegan o evitan todo lo que se aproxime a la frustración, a la postergación o a la castración. Se agrega a ello, en muchas oportunidades, cierta exigencia omnipotente que supone que todo pueda solucionarse sin costes; acorde este planteo, a la generalizada negación social

de las heridas que conlleva al reconocimiento de los síntomas personales.

Cabe decir, que las formas actuales de la psicopatología relacionadas con las formas contemporáneas de la infelicidad han cambiado de eje. En un pasado no muy lejano las formas de la infelicidad pasaban por la impotencia humana frente a la vida. Hoy, por el contrario parecieran derivarse de su opuesto: su propia potencia o tal vez se trate de la misma impotencia solo que esta vez derivada de los altísimos niveles de omnipotencia real, científica y tecnológica, que dejan muy por debajo las realizaciones individuales.

La maduración cada vez más tardía del ser humano también enfrenta a la gran fragilidad interna del sujeto actual con el enorme poder que se maneja a diario generando contradicciones y grandes dosis de angustia, la gran presente de estos tiempos en los que el inconsciente social vira del deber al poder y los proyectos y la motivación reemplazan la prohibición, el amor y la ley, diría Chul Han (2012):

A la sociedad disciplinaria todavía le rige el no. Su negatividad genera locos y criminales. La sociedad del rendimiento, por el contrario, produce depresivos y fracasados (B. Chul Han, 2012: p. 27)

En esta sociedad de consumo exacerbado y de invención permanente de deseos improductivos para la economía psíquica, la depresión, la tristeza, la abulia, parecieran instalarse como patologías del presente, también, la angustia y la ansiedad con sus crisis.

Participamos de un mundo vertiginoso en el que el sujeto se aburre y se deprime si deja de desear de continuo. El entramado psíquico individual tiene que soportar que los deseos se sucedan unos a otros sin tiempo suficiente para que el siguiente haga el duelo del anterior.

La inconsistencia del orden simbólico genera intensas vivencias de vacío diría Milmane (2010), quien no se refiere al vacío existencial neurótico que podría ser elaborado a través de prácticas sublimatorias sino que se trataría de un desgarramiento en la textura simbólica del sujeto que demanda ser llenado con marcas con las que intenta obturar el agujero por el que el sujeto se asoma a su propio abismo.

Hoy, la anorexia, la bulimia, la depresión y las adicciones surgen de ese entramado pulsional habitado por la angustia. Se presentan como prácticas autoeróticas de disfrute tántrico, en las que el sujeto evita el encuentro con el otro y el intercambio desiderativo.

Nos encontramos con frecuencia ante patologías que en alguna medida no son tributarias de la falta, en tanto vacío productivo que permite generar el deseo y la sublimación, sino ante síntomas que suponen el rechazo del otro y que a la vez, contradictoriamente, son una demanda insaciable de amor y de reconocimiento. Patologías en las cuales falta la falta, en diferentes grados, y en su lugar se observa un agujero incolmable lleno de objetos pulsionales muchos derivados del consumo y las adicciones en el que no existe el vacío y, en el que los objetos, tampoco lo anulan.

Dice J. M. Álvarez a propósito de la subjetividad del hombre actual y su locura:

Hoy en día, en la escena del teatro de la locura, da la impresión que el hombre hablado comparte protagonismo con el hombre hueco. Se trata del psitacista, ese hombre loro que habla como los demás, pero no dice nada propio porque nada propio tiene... Su precariedad simbólica se pone de relieve en la pobreza de su discurso, tomado de los otros por mimesis. Con cuatro palabras desgastadas y ambiguas puede hablar durante horas y no decir nada. Carente de pasión y desvitalizado, este hombre hueco fracasó en la invención de una novela familiar... No tiene ninguna guía para conducirse por la vida. Y cuando se ve abocado a enfrentarse con un compromiso de los verdaderamente humanos, de poco le sirve echar mano de las identificaciones con los otros, y es ahí cuando suele desequilibrarse. Su locura es normal, discreta, desapasionada... vive sin el Otro y de ahí su oquedad tan característica (J. M. Álvarez, 2016: p. 130).

Desde otro punto de vista, las diversas patologías actuales como dijera V. Korman (2000) parecieran estar atravesadas, más que antes, por un aumento del narcisismo, ello se observa en las neurosis, en los cuadros límite con sus diferentes nomenclaturas y no solo en los trastornos narcisistas severos o en las psicosis.

[...] no se trata solo de resaltar la exacerbación narcisista cosa que por otra parte, es indiscutible, sino de percibir que lo definitorio en estos casos es la relación que el narcisismo guarda con la trama edípica (V. Korman, 2000: p. 80).

Sujetos, al decir de Milmaniene (2010) que evitan asumir su responsabilidad ante la vida y ante sí mismos, que desempeñan roles sociales solo de manera formal e inconsistente, atrapados en simulacros que imponen al otro su propio y tiránico narcisismo. Habitantes de un mundo con límites difusos o a veces carente de ellos que incrementan las prácticas pulsionales en pos de identificaciones colectivas, en los que la palabra ordenadora está muchas veces ausente, que suprimen lo singular con riesgos de violencia y destructividad y tienden a marcar en su cuerpo aquello que no pueden simbolizar en su psiquismo.

Sabemos que los conceptos psicoanalíticos no estuvieron nunca desligados del entorno. Por ello es indispensable actualizar el bagaje con el que escuchamos. No solo escuchamos desde la teoría a la que adscribimos, la cual nos aporta una idea de la constitución del sujeto y sus tropiezos en ella, sino que también escuchamos desde nuestra manera de estar, nosotros mismos, en el mundo.

Los prejuicios, los cambios de comportamiento sociales, los mitos, los ideales individuales y sociales o las posibilidades reales presentes, antes solo fantaseadas deberían ser puestos a revisión para que nuestro saber específico se ponga al servicio de una escucha respetuosa que nos permita entender la realidad subjetiva y contextual de cada paciente y hacer nuestras intervenciones más efectivas y terapéuticas. No podemos responder a los nuevos modos de sufrimiento individual con una escucha atravesada por el conocimiento adquirido en épocas anteriores.

Excluyendo este planteo de posiciones reduccionistas y partiendo de la idea de que lo psíquico es lo social subjetivado y que lo social se construye, a la vez, dialécticamente, con los psiquismos individuales, es posible observar que no todo es única responsabilidad del sujeto. Lo social también, como en épocas anteriores, incide en la construcción subjetiva del psiquismo y en su malestar.

Así podemos pensar sobre ciertos aspectos de la conducta humana que antes considerábamos síntomas individuales y que hoy bien pueden no serlo, respondiendo dichas conductas a aspectos de la subjetividad actual que, aunque causantes de sufrimiento psíquico, no siempre son producciones sintomáticas individuales.

No es lo mismo ser madre soltera, o decidir no tener hijos, o no tener pareja, en este siglo que en el anterior; entre otras situaciones estas, podrían servirnos de ejemplos.

Observamos como psicoanalistas que los cambios actuales traen consigo nuevos padecimientos psíquicos asociados a cambios en el yo, en el ideal del yo, en el superyó, en las dinámicas intrapsíquicas y en las modalidades defensivas:

El fenómeno *singles*, la soledad de niños, jóvenes, adultos y ancianos, la maternidad postergada o duelada, las inseguridades en el ejercicio de las funciones parentales, las repercusiones de estas en los hijos, la inmadurez del sujeto humano y sus dificultades para asumir la adultez, la representación actual de la responsabilidad respecto de uno mismo y de los otros, la modificación de lo que se representaba como seguro en la vida de los sujetos, la inestabilidad en los vínculos de socialización, y las cantidades de inseguridad, ansiedad y angustia que ello provoca, el ideal contemporáneo de ausencia de trauma, los imperativos vacuos de éxito del *tú puedes*, del consumo y de la superposición de deseos impuestos, tantas veces erráticos, los cambios en el tratamiento de la sexualidad y las repercusiones en la sexuación de los individuos, la laxitud social de lo prohibido y lo permitido y su concomitante desregulación pulsional en muchas situaciones, la erosión del otro y su consecuente relación con la ausencia de vínculos de amor, las posibilidades actuales respecto al deseo, entre otros.

Cambia la sociedad, cambian los padecimientos, se modifican lo que denominamos patologías o síntomas y algo de la construcción subjetiva, también, se modifica intrapsíquicamente.

Cada sociedad produce su propia verdad, que a su vez sostiene el poder que la rige. Se trata de un procedimiento circular, que Foucault [...] denominó «régimen de verdad» [...] El poder se sostiene porque

la sociedad considera verdaderos los principios en los que se fundamenta, lo que lleva a su vez a alcanzar el poder a quien cree que esos principios son verdaderos, potenciando así el régimen de verdad (A. Hernando, 2012: p. 17; las comillas son de la autora).

Cita esta extrapolable a todo ámbito de construcción de conocimiento, el psicoanálisis tanto teórica como técnicamente no queda fuera de ella.

Cada tiempo produce sus síntomas, antes no había móviles, ni sexo en pantallas, ni botellones, ni *tinders*, ni fibromialgias, ni tantas crisis de angustia y ansiedad, hoy casi todos somos algo *hiperactivos* y nos encontramos un poco *solos* en algunas de las etapas de la vida.

También sabemos, siguiendo con las palabras de V. Korman (2016), hoy más que nunca, que la práctica clínica no siempre se ajusta a las categorías abstractas de la teoría. Los casos que vemos en las consultas casi nunca encajan perfectamente en los constructos teóricos que utilizamos; la clínica no tiene la rigurosidad del planteamiento formal y muchas veces la oposición entre neurosis y psicosis solo se la observa en el nivel abstracto de la teorización. La diagnosis o su necesidad es evidente que también está cambiando.

[...] heterogeneidad en la clínica actual como consecuencia de que las neurosis y psicosis tradicionales coexisten en nuestros consultorios con novedosas organizaciones psíquicas, cuyas manifestaciones sintomáticas suelen tener una presencia más compleja de cofactores que las tradicionales formaciones de compromiso entre el deseo inconsciente y la defensa (V. Korman, 2016: p. 13)

Los cambios acontecidos en las sociedades de siglos anteriores también produjeron grandes desconciertos y conflictos a la vez que nuevas patologías.

Las nuevas generaciones siempre han sido y seguramente seguirán siéndolo, las autoras de las modificaciones que permitirán construir un mundo que funcione mejor en términos más igualitarios, las que encuentren los modos de neutralizar los efectos no tan positivos que inevitablemente acompañan a

todo proceso de cambio y progreso. El desarrollo requiere en estos tiempos innovación y creatividad ¿No tendrá esta nueva generación más imaginación que las anteriores?

Sin duda, deberán construir otros valores y formas de sostenerse en la vida que aún faltan por pensar, en algunos casos consolidar, ya que algo de todo esto se está poniendo en marcha. Desde una posición alejada de la añoranza de un pasado mejor, constructiva en relación con el devenir y comprometida con un cambio posible, a los psicoanalistas también, nos está sucediendo algo de todo esto. También modificamos numerosos aspectos de nuestro quehacer clínico a la vez que cuestiones relativas a nuestro posicionamiento teórico.

Conscientes de que las propuestas terapéuticas únicas y estandarizadas no responden a las necesidades actuales, los psicoanalistas de hoy nos replanteamos sin recetas ni rigideces aspectos del encuadre, de la técnica, de nuestras intervenciones y de nuestra escucha. Es sabido que hoy incorporamos el uso del WhatsApp y también otras vías de comunicación como por ejemplo *mails*, *SMS* o *skypes*; fotos u otros materiales.

Los pacientes y nosotros utilizamos un trato más cercano y con menos diferencias jerárquicas y es posible observar como se hacen cada vez más habituales situaciones tales como la de entrar a la consulta con un café comprado en un bar cercano, con un botellín de agua o que los emoticonos formen parte de la comunicación escrita entre paciente y terapeuta.

Se alteran la cantidad clásica de las sesiones, se hacen sesiones familiares o se invita a un miembro de la familia puntualmente, se replantean los pagos y sus modalidades, se trabaja con cambios importantes en la duración de los tratamientos, se aceptan las transferencias lábiles, que deben ser sostenidas más que antes, durante un tiempo y en parte, por el propio analista, también, las transferencias que se desarmen con rapidez y que luego pueden volver a armarse para retomar en otro momento aquello seudolvidado o negado o desmentido un día, un año o muchos años atrás. Los pacientes usuarios de varias terapias a la vez y creyentes en nuevos dioses se hacen cada vez más habituales.

Se modifican las intervenciones que, en muchos casos, menos interpretativas y más activas o reconstructivas, puedan potenciar la ampliación de

la escasa narrativa simbólica que trae el paciente en aras de que este pueda construir, en el vínculo analítico, un entramado psíquico con más espesor y consistencia.

Los puntos de vista teóricos se enriquecen, el encuadre y las intervenciones del psicoanalista se flexibilizan, sin por ello, dejar de tener como meta que el sujeto pueda disminuir sus modos de sufrimiento psíquico. Que padezca menos y disfrute más de su vida. Que algo se modifique en la posición subjetiva que le interpela y le hace daño, que asuma su responsabilidad frente a sus síntomas para elaborarlos y que, de ser posible, pueda traspasar estos primeros síntomas con los que llega a la consulta avanzando hacia otros más ocultos y más estructurales, evitando parte de tanta repetición sintomática. Finalmente, de eso se trata, dominados por nuestro inconsciente solo podemos aspirar a márgenes mayores de libertad y de menor padecimiento.

Son tantos los interrogantes que se nos plantean a diario que sería sumamente deseable poder seguir investigando sobre las posibilidades que supone actualizar nuestra escucha, dando cabida al análisis que hacen otras disciplinas que se ocupan del hombre y su entorno al mismo tiempo que ubicarnos en un espacio enriquecido con los aportes de las distintas líneas de pensamiento que hoy construyen el psicoanálisis.

También, continuar revisando en el marco de lo contemporáneo los modos de sufrimiento mental y lo que hoy denominamos patologías psíquicas, deseando poder poner en marcha nuestra creatividad, reinventándonos, una vez más, para que lo inesperado fecunde y revalorice la pieza clave de todo tejido psíquico tanto individual como colectivo: la ilusión. Freud nos habló de ello en 1927.



### **Susana Peses Wasserman**

Provenza 245 1º 2º, 08008 Barcelona

[T] 629 44 30 61

[@] susanapeses@gmail.com

## **Referencias bibliográficas**

- ÁLVAREZ, J. M. y COLINA, F. (2016). *Las voces de la locura*. (1ª ed.). Barcelona: Xoroi Edicions.
- CHUL HAN, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. (1ª ed.). Barcelona: Herder.
- . (2014). *La agonía del Eros*. (1ª ed.). Barcelona: Herder.
- COLINA, F. (2011). *Melancolía y Paranoia*. (1ª ed.). Barcelona: Editorial Síntesis.
- FREUD, S. (1914). Introducción al narcisismo. (3ª ed.) Barcelona: Editorial Rueda.
- . (1927). El porvenir de una ilusión. (3ª ed.) Barcelona: Editorial Rueda.
- HERNANDO, A. (2012). *La fantasía de la individualidad: Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. (1ª ed.). Madrid: Katz Editores.
- ILLOUZ, E. (2012). *Por qué duele el amor*. Una explicación sociológica. (1ª). Madrid: Katz Editores.
- KORMAN, V. (2010). *Trencadís*. Gaudianas psicoanalíticas (1ª ed.). Barcelona: Paidós.
- KORMAN, V. (2016). Prólogo de *Clínica de la heterogeneidad*. Las intervenciones del analista de Carlos Baró. (1º ed.). Buenos Aires: Psicolibro Ediciones.
- MILMANIENE, J. (2010). *Clínica de la diferencia en tiempos de perversión generalizada*. (1ª ed.). Buenos Aires: Editorial Biblos.
- PARDO, J. L. (2016). Sobre el humanismo. *La maleta de Portbou*, núm.16.
- SAMMARTINO, M. E. (2007). La hiperactividad infantil como un signo de los tiempos. Intercambios -Papeles de Psicoanálisis - Intercanvis Papers de psicoanàlisi, nº 19. p. 53-61.
- SUBIRATS, M. (2016). Del compromiso al deseo. *La maleta de Portbou*, núm. 16.

## **Notas**

- [1] Conferencia pronunciada por Marina Subirats en la Escola Europea d'Humanitats, de La Maleta de Portbou el día 2 de noviembre de 2015 en L'Obra Social «La Caixa», Barcelona. [http://escolaeuropeadhumanitats.com/conferencies\\_i\\_debats/les-noves-relacions-personals/](http://escolaeuropeadhumanitats.com/conferencies_i_debats/les-noves-relacions-personals/)
- [2] Conferencia pronunciada por José Luis Pardo en la Escola Europea d'Humanitats, de La Maleta de Portbou el día 2 de noviembre de 2015 en L'Obra Social «La Caixa», Barcelona. [http://escolaeuropeadhumanitats.com/es/conferencies\\_i\\_debats/pensar-la-experiencia-humana-hoy/](http://escolaeuropeadhumanitats.com/es/conferencies_i_debats/pensar-la-experiencia-humana-hoy/)
- [3] Conferencia pronunciada por José Luis Pardo en la Escola Europea d'Humanitats, de La Maleta de Portbou el día 2 de noviembre de 2015 en L'Obra Social «La Caixa», Barcelona [http://escolaeuropeadhumanitats.com/es/conferencies\\_i\\_debats/pensar-la-experiencia-humana-hoy/](http://escolaeuropeadhumanitats.com/es/conferencies_i_debats/pensar-la-experiencia-humana-hoy/)